

Francisco Amunátegui

Jóvenes autores americanos

(Correspondencia de París, especial para «Atenea»)



HAY una nueva generación de escritores americanos, tal vez no bien conocidos aun, más allá de las fronteras, pero que comienza a ocupar un lugar considerable en la literatura. Sigue gloriosamente la huella de sus mayores, Teodoro Dreiser, autor de la extraordinaria «Tragedia americana»; Sinclair Lewis, cuyas obras maestras ya no se cuentan; Ernesto Hemingway, el más joven, pero no el menos importante de los tres a quien le debemos el libro, escrito sin miedo, «El adiós a los ejércitos».

Antes, la literatura americana no ocupaba mucho a la crítica. Edgardo Poe no ganó la celebridad sino después de la magistral traducción que hizo de sus obras Baudelaire; Walt Whitman, el inspirado y generoso poeta, no ha llegado aún a conquistar una reputación mundial. Con Dreiser, Sinclair Lewis, Hemingway, las cosas cambiaron; los tres escritores osaron decir a la puritana América algunas verdades esenciales. Uno habló de la hipocresía de las costumbres, otro de la opinión demasiado satisfactoria que tenían de sí mismos la mayor parte de sus compatriotas, del espectáculo odioso que ofrecía la intransigencia religiosa, de los diarios atentados a la libertad individual que provocaban, en cada pequeña

ciudad de provincia, los círculos de notables y el tercero, por fin, se atrevió a escribir sobre todo lo que hay de ficticio y de poco humano en la gloria militar.

Estos tres revolucionarios, con inmenso talento, abrieron el camino y en adelante era posible escribir sobre todo y, salvo algunos irreductibles que existen en todo los países, el público aprovechó de la lección que se le daba, se interesó por las tesis sostenidas, las discutió, las aprobó a veces, en una palabra, los escritores habían ganado la partida. Sería una injusticia no mencionar también a Upton Sinclair, pero si las campañas que ha dirigido han sido siempre hermosas, desinteresadas y atrevidas, hay que observar que tienen más relación con la política que con la literatura. Los que han venido después, podrían permitirse hablar con toda sinceridad: el terreno estaba preparado.

Estos nuevos escritores, cuyo arte se ha formado y perfeccionado al contacto de todas las dificultades y de todos los dramas engendrados por la crisis, tienen naturalmente entre sí un rasgo común: la miseria de los hombres. Testigos, no pocas veces actores, en la espantosa lucha por la vida que alcanza con frecuencia una aspereza difícil de expresar con simples palabras, lo que les interesa, lo que desean denunciar es la incertidumbre del porvenir y la imposibilidad de encontrar cada día el pedazo de pan duro y el lecho dudoso que les permitirá resistir un poco más.

Todas sus obras, directa o indirectamente, son el reflejo de una vida difícil; hacen figurar a los jóvenes desgraciados, unos bastante fuertes aún para conservarse puros, otros vencidos desde el comienzo de la vida, todos afrentados y condenados para siempre a la desesperación.

El más ilustre de los jóvenes autores es, sin duda, William Faulkner, a quien habría que llamarlo el cantor de la noche eterna, de la noche en las grandes ciudades a la hora en que aparecen en la superficie los más bajos, los más

innobles, los más cobardes y de la noche en el corazón, cuando ya no es posible libertarse de este lodo. «Santuario» hizo célebre a Faulkner, libro difícil, atormentado, con luces extrañas que oponen una especie de «gangster» deforme a una joven a quien, poco a poco domina el vicio, esto en la escena desesperada de habitaciones sórdidas, cuya atmósfera acompaña todo el drama. Era difícil ir más lejos en la evocación de la fatalidad, señalar mejor, sirviéndose de los barrios fangosos de una ciudad, la fragilidad del ser humano.

Faulkner ha continuado su viaje infernal. En «Durante mi agonía», en «Luz de agosto», se ha inclinado sobre la existencia humilde y dura de los paisanos, esas poblaciones enteras que viven en un estado vecino a la barbarie, con supersticiones, crueldades, ignorancias de otros tiempos, sin recurrir a la ficción de una novela. A algunas centenas de kilómetros de esos seres malditos, se alza Nueva York y las luces de Broadway. Otro autor, Erskine Caldwell, como lo veremos más adelante, nos señalará a esos mismos paisanos más semejantes a animales que a criaturas humanas.

«Sartoris», uno de los últimos libros de Faulkner, es el estudio de un hombre a quien la guerra ha desmoralizado y que arrastra por todas partes su fastidio y la inutilidad de su vida, pero debe señalarse aquí, ante todo, el «humour» que revela la obra, igualando así a los camaradas de su generación. Una de las características de todos ellos es la de no conmoverse exageradamente ante el espectáculo de las tragedias que exponen y de distinguir, al contrario, el lado jocoso o ridículo. Tomemos una página de Zola, por ejemplo, en «La Tierra», donde el autor se indigna, protesta, grita su cólera ante los paisanos atrasados y malos, ignorantes y ávidos que pueblan los campos de la Beauce. Faulkner o Caldwell, ante seres semejantes, igualmente atrasados e igualmente violentos, los mirarán y sonreirán un poco. Son tan sinceros como Zola en su emoción, no menos avergonzados en su digni-

dad, pero no por esto dejarán al mismo tiempo de observar y de anotar el detalle jocoso. De las dos escuelas ¿cuál cumplirá su misión con más eficacia? El predicador colérico que ofrece a sus auditores visiones apocalípticas irá a veces más allá de sus intenciones, mientras que el orador, razonable y familiar, que no teme burlarse de lo que señala como prohibido, impresionará más porque mostrará una sinceridad más profunda. Nada puede ilustrar mejor esta concepción que «El camino del tabaco», última obra de Caldwell. Se trata de una familia de cultivadores que sufre de hambre, que es demasiado pobre para comprar semillas, que no goza de ningún crédito, en resumen, que está en la imposibilidad de seguir viviendo. El viejo Jeter, el jefe de la familia, maldice la tierra, a los hombres y a Dios. Las lamentaciones de este anciano, a la puerta de su miserable cabaña, injuriando a las fuerzas eternas que le impiden ser feliz, tienen una grandiosidad no inferior a las imprecaciones que Esquilo pone en boca de sus héroes legendarios. Esta miseria y esta revuelta no impiden a Jeter de ser un cínico, vicioso, y de hacernos reír cuando roba a su yerno un saco de papas, el alimento de una semana, y de ser más cómico aún, cuando su delito cometido, se arrodilla y pide perdón al cielo de su miserable acción. Estos hombres, pues, si ilustran una tesis, no cesan jamás, a pesar de todo, de ser humanos.

Este «humour», que no es con frecuencia sino una manifestación de pudor, lo encontramos, pero más lúgubre, en la alucinante relación de Tom Kromer, «Los vagabundos del hambre». Tom Kromer, que ha pertenecido a las bandas de desocupados, no hace sino contar su propia existencia en la cual, entre la multitud de sus compañeros de miseria, no ha tenido sino un pensamiento: comer. Es la novela del hombre hambriento, del hombre que, desde la primera página del libro, no ha comido desde hace tres días y que siente la misma hambre en la última página, del hombre para quien en

el mundo no existe nada más que un trozo de carne y una taza de café. «Los vagabundos del hambre» son seguramente un documento, pero también, aunque tal vez involuntariamente, una acusación. ¿Las sociedades actuales, las más civilizadas, no adolecen de un vicio original, en su organización, puesto que admiten que un hombre joven, vigoroso y sano no tenga otra actividad que recorrer las calles de una ciudad, con todo tiempo, pasar las noches en los bancos de un jardín y mendigar?

«Nadie muere de hambre», título irónico naturalmente, de Catalina Brody es también la novela de aquéllos a quienes la desocupación lleva a la incertidumbre y a las acciones desesperadas, pero con la diferencia de Tom Kromer, que la autora ha imaginado una intriga: un matrimonio sin trabajo, sus sentimientos cada día más exasperados, su antipatía, después su odio y su deseo de asesinar.

Por esta enumeración bien incompleta, se verá la preocupación que domina a todos los actuales escritores de América. No puede hacérseles el reproche de entretenerse con los placeres abstractos de la literatura, mientras que sufren sus semejantes y, al contrario, su literatura es de combate. Algunos sentirán tal vez que la época no sea más propicia para las manifestaciones de un arte desinteresado. «La educación sentimental», de Flaubert, o «El viaje de Urien», de Gide, no han sido escritos por hombres que tenían hambre. Será, pues, el signo de nuestro tiempo ver nacer obras inquietas.

Lo que prueba que estas obras son la verdadera expresión de un pensamiento común y que era necesario que existieran, es que los libros de otros escritores de esta misma generación, que tratan de temas menos actuales, relaciones de imaginación y no de experiencia más o menos personal, parecen secundarios al lado de Caldwell o de un Kromer. El verdadero genio americano se encuentra, pues, a lo

menos en la hora actual, del lado de los que quieren destruir el viejo orden de cosas. No podríamos sostener, sin embargo, que los otros escritores carezcan de talento. Nos limitaremos a nombrar a dos que merecen, sin duda alguna, ser leídos: Percival Wilde y Wallace Smith. El primero ha escrito, con mucho ingenio, «El almacén del Diablo» que es la historia y la ascensión de una cortesana, contada con una gracia muy especial, sin tomar a sus personajes en serio y con una dosis de inmoralidad fácil, familiar y alegre. Los ataques y críticas que lanza contra algunos prejuicios mundanos, hipocresías, costumbres de uso corriente, pero dignas de desprecio, no son de un gran atrevimiento y más que golpes de espada, semejan a pinchazos de alfiler. Tales convicciones hacen nacer una franca simpatía por el autor. Wallace Smith, autor de «El capitán detesta el mar», hace recordar a Gómez de la Serna, pero sin deshacerse de su carácter anglosajón; tiene su desenfado y su afición a las situaciones burlescas, pero mientras el autor latino, entre dos piruetas, se conmueve y avecina al lirismo, que es lo mejor de Gómez de la Serna, Smith permanece siempre imperturbable, como en presencia de los personajes favoritos de Aldous Huxley. Por agradable que sean sus obras, no pueden dejar de encontrarse en ellas, algunos artificios, o, para ser más verídicos, una ignorancia demasiado buscada de la realidad, como entre actos durante la tormenta.

París, 1938.